

nombrar al duque de Mayena teniente general del reino, dándole el mando del ejército de los liguistas. A sus órdenes inmediatas se hallaba el duque de Aumale gobernador de París, comandante de toda la fuerza armada de aquella capital, que ya contaba cerca de cuatrocientos mil habitantes en aquella época. Otros jefes mas populares designaba la muchedumbre para estos altos cargos, porque entonces, como sucede en todas ocasiones, existia en París una rivalidad entre las grandes corporaciones que influian en los negocios públicos. No fraternizaba completamente el ayuntamiento con el Consejo de la Union, ni con el ayuntamiento la Junta de los Diez y seis ó sean cuartenarios. Cada una de estas corporaciones tenia su parcialidad, contando siempre esta última con la muchedumbre. Sin embargo, venció en esta lucha el Consejo de la Union, pues el pueblo ninguna objecion sólida podia poner contra la eleccion del duque de Mayena, principe de la casa de Guisa, hermano del mártir (pues con este título designaban al difunto duque) y sobre todo que habia figurado siempre en las primeras filas de los católicos celosos. En el duque de Aumale concurrían las mismas circunstancias. Saludó pues el pueblo la elevacion de estos principes con entusiasmo, y desde entonces no se oyeron en París mas que acentos de guerra, ardientes sermones en los púlpitos y gritos fanáticos en la muchedumbre. Los templos estaban á todas horas llenos de católicos ardientes: por todas las calles cruzaban procesiones con sus penitentes de los dos colores. Eran los curas los tribunos de aquella plebe concitada en masa que jamás se saciaban de sus predicaciones. A veces tenían que dejar los eclesiásticos sus casas por la noche y presentarse en las iglesias á predicar; tales eran las exigencias de aquella gente devota, sedienta á todas horas de sus declamaciones. Mientras tanto se allegaban armas, de todas partes se alistaban guerreros á los estandartes de la liga. Lanzaba el Consejo de la Union decretos de llamamiento á todos los católicos celosos, dictaba medidas severas contra los

políticos, contra los que acudian á la bandera real, pues, Enrique III, despues de la disolucion de los Estados generales, se preparó por su parte á entrar en lid con los liguistas y sostener sus derechos con las armas en la mano.

Expidió con este motivo circulares á todas las provincias donde no dominaban los jefes de la liga, se apoderó de varios puntos fuertes antes que fuesen invadidos por sus enemigos; llamó á su campo á todos los católicos que se conservaban en sus sentimientos de fidelidad á la corona. Acudieron en efecto al estandarte real la mayor parte de los nobles, antiguos cortesanos suyos, de quien se habia separado por hacerse bienquisto con la liga. De este modo reunió un ejército superior al de sus contrarios, señalando como cuartel general y residencia suya la ciudad de Tours situada sobre el Loira.

Ademas de estos dos campos se conservaba entero y siempre animoso el calvinista, mandado por Enrique de Navarra. Abrió para este principe la rebeldía de París un nuevo campo de esperanzas. En hostilidad abierta el rey con los liguistas, ¿no era natural que mirase con menos aversion el partido calvinista y que buscase su apoyo para sujetar á los súbditos rebeldes que dominaban en tantas ciudades importantes y se hallaban sostenidos por el poderoso rey de España? Tal fué la idea que ocurrió al rey de Navarra, hombre sagaz y astuto, pero mas adictos á sus intereses temporales que á los dogmas de su iglesia. Bajo esta idea entabló negociaciones indirectas con el rey de Francia, publicando ademas un manifiesto en que hacia ver los sentimientos de fidelidad que hacia la corona abrigan sus parciales; que si su culto religioso no era el mismo que el del rey, en negocios de conciencia solo Dios intervenia como juez y árbitro supremo; que él por su parte no deseaba mas que oír la voz de la verdad, y que le convenciesen si andaba errado en sus creencias.

Apoyaron los deseos del rey de Navarra los políticos quienes hicieron ver al rey lo útil, lo indispensable que era entrar en avenencia con los calvinistas, único medio de

sofocar cuanto mas antes la liga con fuerzas formidables. Titubeaba Enrique III: primero, por su aversion pronunciada hácia el partido protestante; segundo, porque temia el ascendiente del rey de Navarra; tercero, porque juzgaba que su reunion con los calvinistas daria nuevo pábulo al ódio que le tenian los miembros de la liga y les daria nuevos pretextos para negarle su obediencia. Las razones en que se apoyaba no carecian de oportunidad y peso; mas sus circunstancias eran críticas y demasiado vivas las instancias de sus consejeros para que dejase de adoptar una medida que aumentaba considerablemente sus recursos.

Se ajustó pues con el rey de Navarra un tratado que tenia todas las formas de una concesion hecha por el rey á los mismos que con sus fuerzas le brindaban. Se concedia al rey de Navarra y á los de su partido, tregua y suspension de armas, que debia ser general para todo el reino durante un año entero, comenzando éste el 3 de abril (1589), y terminándose en semejante dia del siguiente año, con la condicion de que prometiese el rey de Navarra en su nombre y en el de su partido no emplear durante dicha tregua fuerzas de armas en cualquiera parte que fuese dentro ó fuera del reino sin su consentimiento; no permitir empresa ninguna militar en ninguno de los lugares desde donde estuviere su autoridad reconocida; no cambiar ni permitir cambiar ninguna cosa tocante á la religion católica, apostólica, romana. Si durante aquella guerra él ó los suyos tomasen alguna ciudad ó punto fuerte, le entregarían inmediatamente á la libre disposicion del rey, segun lo estipulado. En consecuencia de este pacto volverian el rey de Navarra y los suyos á la posesion de sus bienes para gozar de ellos durante la tregua, asi como dejarían en la misma posesion á los católicos, eclesiásticos ó seculares, sus buenos servidores.

A pesar de que los términos de este tratado no anunciaban mas que una simple suspension de hostilidades, envolvían realmente una alianza entre Enrique III y sus

antiguos enemigos. El rey de Navarra, que se hallaba con su ejército cerca del Loire, pasó á verse con Enrique III, que se hallaba á la sazón en Plessis les Tours, castillo famoso por la ordinaria residencia en él de Luis XI, y á muy corta distancia de la ciudad de Tours. La entrevista de los dos principes tuvo todas las apariencias de cordialidad y buena inteligencia. Se saludaron, se abrazaron, y los cortesanos y el pueblo, que fueron testigos de la escena, prorumpieron en aclamaciones victoreando á los dos reyes. Con estas muestras de concordia pasearon juntos las calles de Tours aparentando siempre el de Navarra un aire de inferioridad, á pesar de que Enrique III manifestaba considerarle como igual al rey de Francia. Sin embargo no debió de satisfacer á éste mucho una union que le ponía en contacto con quien realmente aspiraba á dominarlo. Libertado del poder de los Guisas, iba á vivir bajo la influencia de otro rival mucho mas temible. El primero en medio de su gran poder no era mas que un súbdito; también lo era el segundo, mas era su heredero por los vínculos de sangre, y superior por su influencia y los muchos medios de que disponía.

En medio de estos secretos disgustos no pensó Enrique III mas que en prepararse á la guerra y recuperar por la fuerza de las armas la autoridad de que le habían despojado los liguistas. Al mismo tiempo que tomaba disposiciones como capitán, empleaba el lenguaje de monarca. Espidió decretos de proscripcion contra la ciudad rebelde de París y otras del reino que imitaban su conducta: declaró traidores á los principes de Guisa y demas caudillos y fautores de aquel levantamiento; envió orden al Parlamento para que se fuese á Tours donde estaba su persona: publicó manifiestos en que hacia ver la sinceridad de sus sentimientos y su adhesion cordial á la religion católica.

Hicieron poca impresion en París los decretos del monarca. Se renovaron al contrario las acusaciones, las

injurias, las estampas, los folletos en que con tan negros colores le pintaban. Era en los púlpitos donde mas se hacian oír los dictados injuriosos con que abrumaban su persona. Este tiñoso, exclamaba Boucher, uno de estos predicadores, lleva siempre un turbante á la turca, que no quita nunca ni aun cuando comulga para hacer honor á Jesucristo... en fin, es un turco en la cabeza, un aleman en el cuerpo, una arpia en las manos, un inglés en sus ligas, un polaco en los piés, un verdadero diablo en el alma... Decia Leicestre en un sermón de Ceniza: no os predicaré el Evangelio, que es cosa comun, pero si la vida y hechos abominables de este pérfido tirano Enrique de Valois, que invoca al diablo.

Mientras tanto comenzaban las operaciones militares, pues era un problema que solo se podia resolver con las armas en la mano. Ascendia á cuarenta mil hombres el ejército combinado de Enrique III y el rey de Navarra. Habian armado los de París todos los pueblos de las inmediaciones; pero no podian presentar en campo raso tantas fuerzas como contaba el ejército realista. Se habia presentado con una division el duque de Mayena delante de Tours: mas se vió precisado á retirarse por la superioridad de número de los contrarios. Se acercaron estos á la capital y el rey fijó su campo en el pueblo de Saint-Cloud, á dos leguas escasas de Paris, cuyos principales edificios se presentaban distintamente delante de sus ojos. Con semblante de indignacion se dice que contemplaba esta ciudad, cuya entrada le negaban sus súbditos rebeldes. Anaden que exclamaba algunas veces: Paris, cabeza del reino pero cabeza demasiado grande y caprichosa, tienes necesidad de una sangría para curarte, lo mismo que á toda la Francia, del frenesí que tú le comunicas. Dentro de algunos dias habrán desaparecido tus casas, tus murallas, y solo se verá el suelo en que estuvieron colocadas.

Aumentaron con la aproximacion del monarca la efervescencia y tumulto de aquella capital fanática. Al

ver las banderas de los calvinistas mezcladas con las reales, prorumpieron en nuevos denuestos é imprecaciones contra Enrique de Valois, que de instrumentos tan indignos se valia. Resonaron con nuevo furor en las calles, en las plazas los epítetos de hipócrita, de tirano, de enemigo de la Iglesia, de mónstruo de vicios é impiedad con que le designó la santa liga casi desde su subida al trono: tronaron con mas encarnizamiento que nunca los púlpitos de la capital, y la imprenta se mostró infatigable en esparcir bajo mil formas cuanto podia contribuir á inflamar mas y mas los ánimos de la muchedumbre.

¿Qué se podia esperar de tanto entusiasmo y fanatismo? ¿Qué no era permitido contra un tirano enemigo de Dios y de la Iglesia? ¿A qué mano estaba destinada la palma de libertar á París del azote que le amenazaba? Así discurrían los que de sus sentimientos piadosos se preciaban: así el asesinato de Enrique III ocurría naturalmente como el medio mas eficaz de preservar la iglesia de Dios, de vengar las ofensas del Altísimo. Los nombres de Judith, de Samuel, de Aod y de Debora se pronunciaban con arrebatos de entusiasmo. Que muchos afilasen los puñales para imitar su accion heroica y merecer la palma del martirio, se puede concebir muy fácilmente. Así llegaron hasta organizarse compañías para atentar de este modo á la vida del monarca; mas en medio de tantos aparatos, de tantas vociferaciones, de tantos planes, un hombre obscuro se adelantó á todos, y se arrojó solo á cometer una accion que pasaba entonces por la mas heroica.

Era éste un fraile de Santo Domingo, llamado Jacobo Clemente, jóven de veinte y cuatro años, que desde su mas tierna edad habia pasado á la soledad del claustro. De carácter sombrío y silencioso, dotado de una imaginacion ardiente, imbuido en todos los principios de intolerancia de la época, exaltado con lo que oía en los púlpitos y á sus mismos superiores, devorando noche y

dia los pasajes de la Biblia que en los sermones con tanto entusiasmo se citaban, concibió el proyecto de perpetrar él solo una acción que iba á purgar á la Francia del enemigo mas ensañado contra sus altares. Comunicó sus designios á sus superiores por via de la confesion, y de todos mereció elogios, animándole á llevar á cabo lo que no podia ser mas que inspiracion del mismo cielo. Con este apoyo, y habiéndose preparado al acto con los sacramentos, se dirigió este fraile solo á Saint-Cloud, no sin ir prevenido de un puñal bien afilado. Se presentó á la puerta de la casa que habitaba el rey, y pidió ser admitido á su presencia para entregarle cartas de importancia que le habian dado para él una persona en París, que estaba mucho en los intereses del monarca. Titubeó al principio Enrique en concederle la admision; algunos cortesanos se lo disuadieron; mas haciéndoles el rey observar que en caso de negársele la entrada se diria en París que no hacia caso de los frailes, mandó que dejasen pasar al dominico. Se arrodilló éste cuando se vió delante del rey, y bajó la cabeza en el acto de hablarle y de entregarle las cartas que le habian confiado. Al tomarlas el rey sin ninguna desconfianza, suponiendo que el desconocido le tendria que decir alguna cosa reservada, mandó que le dejasen solo con el fraile. No perdía éste á pesar de su actitud ninguno de los movimientos del monarca. Cuando le observó engolfado en la lectura, se lanzó á él con la celeridad del tigre y le clavó en el vientre el puñal de que venia prevenido. No perdió el rey la serenidad en aquel terrible lance: se sacó el puñal que el asesino habia dejado dentro de la herida, en el acto de dar voces á su servidumbre. A sus gritos entraron todos los que se hallaban á la sazón en la antesala. Acudieron unos al rey, se echaron otros sobre el asesino, acribillándole á estocadas en el acto. Recibió la muerte Jacobo Clemente de rodillas, sin pronunciar una palabra, sin alzar los ojos, con el mayor recogimiento y compostura, como un hombre que aguarda la palma del martirio. Vieron

algunos en esta precipitacion de los cortesanos cierta complicitad en el asesinato y el deseo de sustraerse con la muerte tan violenta del fraile á los peligros en que podrian meterlos sus declaraciones. Mas natural es que hubiese sido efecto de la indignacion que les causó el asesinato del monarca. Es posible y muy probable que Jacobo Clemente no tuvo mas cómplices que sus confesores.

No se creyó mortal la herida del rey en un principio; él mismo se lisonjeaba de salir felizmente de tan crítico lance, segun carta que escribió á la reina con dos renglones de su propio puño, muy poco despues de la ocurrencia. Sin embargo, al fin de algunas horas cambiaron los facultativos de opinion, y se vieron en la necesidad de anunciar al rey que estaba su última hora muy cercana. Recibió el monarca la noticia con resignacion, y sin dar muestras de abatimiento, se preparó para la muerte. Hizo escribir algunas cartas, tomó sus últimas disposiciones, recibió los sacramentos con mucha compostura y demostraciones de piedad, declarando que perdonaba á su asesino. Fué muy afectuosa y tierna la despedida de Enrique, á quien reconoció por heredero, y pidió encarecidamente allanase el único obstáculo que para subir al trono de Francia le podian racionalmente poner sus enemigos, á saber, su cualidad de calvinista. En esta disposicion de ánimo, reiterando las protestas de la sinceridad de sus sentimientos católicos, y de que perdonaba á todos sus contrarios, incluso el asesino, espiró al decir estas últimas palabras el 1.º de agosto de 1589, á la edad de treinta y ocho años no cumplidos.

Enrique de Valois, último rey de Francia, de esta rama, es tambien una de las principales figuras de aquel siglo, y no precisamente por ninguna gran prenda personal, sino por su rango y la asociacion de su nombre con acontecimientos de tanta importancia en aquella época de trastornos y revueltas. Pocos hombres entraron en la vida pública de un modo tan brillante. A los diez y ocho años de su edad, mandaba los ejércitos del rey de Francia, y

segun voz pública, de nadie desmentida, se debieron á su gran valor las victorias de Jarnac y Montoncourt sobre las tropas calvinistas. Verdad es que á tan lucidos ensayos no correspondió el resto de su vida; mas tambien es cierto que no siempre ocurren circunstancias igualmente favorables al despliegue de habilidad y de talento, cuando estos no son aplicables á todo género de objetos. Figuró Enrique III en todas las escenas de confusion y de tumulto tan comunes en su época. Lució funestamente su fanatismo en las matanzas de S. Bartolomé, viéndose siempre en las primeras filas, cuando se trataba de hostilizar y hasta de exterminar los hugonotes. Fué el único de su pais y raza que se sentó en el trono de Polonia, y aunque debió en gran parte esta elevacion á la actividad é intrigas de su madre, no entró por poco la consideracion de su persona. Cuando se vió sentado en el trono de Francia, debió de conocer la gran distancia que media entre el rango principal y el secundario (1), y que lo que habia sido un lecho de flores para el *duque de Anjou*, se habia convertido en uno de espinas para el *rey de Francia*. Hay tales situaciones en la vida y puestos de tanta elevacion que es preciso perecer ó ser gigante. No lo era Enrique III para la complicacion de negocios, el choque de pasiones y principios y la pugna de intereses que encontró en Francia á su regreso; y como no fué héroe, como no tuvo el genio suficiente para dominar cosas que habian llegado á tanta altura, se deslució su nombre y empañó miserablemente su reputacion, que tal vez se hubiesen conservado en otras circunstancias. Luchó con hombres mas hábiles, con voluntades mas firmes que la suya, con pasiones ardientes y furiosas que ya

(1) Voltaire ha dicho de este príncipe en su *Henriada*:

Tel brille au second rang qui s'éclipse au premier.

Verso que desde entonces ha sido innumerables veces citado y aplicado.

no estaban en su corazón, con ardides diplomáticos que tal vez no comprendia. No es extraño que entre las diversas sendas de conducta que se le ofrecian, hubiese elegido la que tal vez le llevaba mas hácia su ruina. No carecia Enrique III sin duda de buen entendimiento: claro y perspicaz era el de la reina madre; mas en aquella situacion no bastaba ver, faltando el genio y sobre todo la resolucion de vencer todo género de obstáculos. Fué Enrique III uno de aquellos hombres en quienes desaparece la energía y el fuego de su juventud, antes de sentirse el hielo de los años; de los que dejan de ser mozos sin llegar á viejos. Fué indolente, disipado, afeminado en sus gustos, frívolo, indiscreto, pródigo, y si se atiende á las crónicas del tiempo, aun mas disoluto en sus costumbres de lo que estaba en consonancia con las licenciosas de su córte. Tal vez exageraron sus vicios feos los que tenian tanto interés en denigrarle; mas no anduvieron acertados los que atribuian sus devociones, su afiliacion en la cofradia de penitentes á pura hipocresia, como si la supersticion y todo género de vicios fuesen de difícil amalgama. Aborreció siempre á los protestantes, á pesar de lo mal que le trataban los mas fogosos de la santa liga; ni aun cuando unió sus estandartes con los del rey de Navarra, fué objeto de menos aversion para él su secta religiosa. No penseis, hermano mio, en ser rey, sin convertirlos á la religion católica, le dijo en sus últimos momentos; con cuya expresion, al mismo tiempo que manifestaba sus principios, hacia ver que conocia el estado moral y político de Francia.